

El periodismo, visto por Manuel Buendía

COLUMNISTA DE MODA Y "ÁNGEL EXTERMINADOR"

vista así, la relación que se establece entre el periodista y su medio social o la sociedad a la que trata de servir es muy sui géneris. A veces esa relación se conduce por las vías del engaño en general, pero el periodista es el que se engaña, no el grupo social.

C. Pero si te equivocas, si te llegas a equivocar, ¿qué pasa?, ¿cómo lo reparas?

M. Bueno, pues pasan cosas graves, y las menos grave de todas es que uno tenga que reconocer públicamente que se equivocó, que atacó injustamente a una organización, a alguna empresa, alguna entidad social o alguna persona que no merecía ser atacada. Lo peor que puede suceder es que se haya inducido a error a las gentes que a través de muchos meses, muchos años en algunas ocasiones, forman la clientela propia del periodista. Son centenas, a veces millares de personas que creen en uno, que se guían por lo que uno opina, por lo que uno dice, por lo que uno informa. Cuando se siente que puede haberse inducido a error a esas personas que de buena fe creen en uno mismo son las horas más infelices, son los sufrimientos más intensos que se pueden tener.

C. ¿Y qué sientes cuando te das cuenta de que a pesar de todo lo que escribes no pasa nada?

M. Bueno, yo creo que contra este tipo de frustraciones, que es el más común, casi digamos el cotidiano, debe uno de estar blindado, debe uno de estar protegido; uno no debe tener ningún espíritu mesiánico, Carlos (ni la caridad del mundo ni nada); yo creo que el espíritu mesiánico hay que dejárselo a los iluminados, a esas gentes que de veras se sienten tocados por el hálito divino, por la vara del mago Merlín, o vete tú a saber por quién; pero realmente no debe uno tender a ser mesiánico, debe uno tender a adquirir el espíritu del luchador social, del combatiente, el verdadero combatiente, no el deportista, no el *sportman* o el *dilettanti* de determinado arte marcial, de que da lo mismo ganar que perder, y no del luchador social que sabe que empeña su esfuerzo; que pone todo su interés y su mejor buena fe y lo poco que haya tocado de talento lo empeña todo, pero sabe que en la lucha política no siempre se gana; la política es el arte de las posibilidades, y las posibilidades van variando con mucha frecuencia. Con más frecuencia de lo que uno quisiera reconocer, no pasa nada, como tú dices; se investiga, se escribe, se le pone pasión a lo que se hace, se denuncia y exactamente no ocurre nada. Y yo me pregunto si realmente no ocurre nada. Después de unos 35 años de experiencia o algo así he llegado a descubrir, como me decía hace poco ese magnífico periodista uruguayo, el de *Cuadernos en Marcha*, don Carlos Quijano, me decía que los periodistas no aramos en el mar. Es cierto; algo se queda, uno nunca sabe qué es lo que va a pasar; quizá la formación de un grupo cívico, quizá la protesta de algún sector, o por lo menos la decisión de un ciudadano, uno entre setenta millones, que había tomado interés en aquello que se publicó; entonces uno vuelve a respirar, vuelve a sentirse gratificado; esto quiere decir, de veras, que no hay esfuerzo que se haya perdido totalmente.

C. Tienes razón. Al lector, como lo acabas de decir, de alguna manera le deja huella; se va creando conciencia; quizá ese sea el mayor mérito de un columnista, no tanto porque tumbe o no a funcionarios; no tanto porque los haga cambiar radicalmente, sino porque despierta las conciencias, y eso debe ser gratificante.

M. Sí, siempre hay un efecto multiplicador; siento que uno no es la voz que clama en el desierto ni mucho menos. El luchador social, como en alguna ocasión tuve que decir (que fue cuando un enorme grupo de ciudadanos me mostró su adhesión en un acto público cuando un gobernador (Figueroa) tuvo la buena idea de amenazarme públicamente terminé mi perorata todo emocionado, con esta frase: "Un luchador social jamás debe sentirse solo, siempre hay otras gentes que están junto a él; a veces gentes ignoradas por completo". No significaban nada en el sentido de que fueran a formar una falange a mi izquierda y otros a mi derecha y en mis espaldas, no, pero esa unión espiritual que en ese momento se expresaba... Poder decir: "¡Caray!, yo significo algo para esas gentes, como esas gentes significan mucho para mí".

C. ¿Y has recibido algunas otras amenazas, aparte de la de Figueroa?

M. Sí, pero creo que eso es también algo a lo que se tiene uno que habitar.

C. Y me imagino que también debes haber recibido cierto tipo de ofertas: cañonazos de mucho oro, ¿o no?

M. Pues mira, al principio sí, ahora ya no, y me acuerdo de una frase que por ahí inauguró un talentoso periodista un poco burla burlando, que dijo: "Bueno, ¿y quién me hizo fama de periodista honesto, que ya nadie me quiere corromper?". Hay que tomarlo como parte del oficio, como gajes del oficio, para ampliar la frase consagrada: "Y el que no quiera ver fantasmas, pues que no salga de noche" ¿no? Si yo no quiero ser objeto de amenazas, puedo abandonar este tipo de periodismo y dedicarme a la crónica social, o a reseñar alguna actividad deportiva o lo que sea, pero si adopté ese camino, si eso es lo que siento que debo hacer y es lo que me gusta hacer, tengo que pagar algún precio por él, y no sentirme héroe cívico ni mucho menos. Siento que los verdaderos héroes cívicos son nuestro colegas de provincia, de los pequeños y medianos poblados y los de las ciudades de provincia en donde hacer una denuncia contra un comandante de policía, contra un oficial mayor de gobierno, contra un gobernador, es realmente rifarse la vida; por que no hay instancias a donde acudir; ésos sí viven bajo la presión y bajo la amenaza y bajo la tortura moral; o aceptan su horno o se largan de esa ciudad, ¿verdad?; ese periodismo sí es verdaderamente esforzado y heroico, pero el nuestro, que hacemos desde la ciudad de México, tendrá algunas virtudes pero no tratemos de adornarlo demasiado; y no me siento héroe cívico.

C. El otro día afirmabas que, en tu opinión, de todos los géneros periodísticos el columnista es para tí, si no el más importante, sí el más individual.

M. Sí, lo creo.

C. ¿Por qué?

M. No es que sea exactamente el más importante; tienes razón en matizar esto pero yo creo que es muy importante la nota cotidiana, que es la materia prima del periodismo, la noticia que trabaja la noticia; es muy importante el que hace el reportaje extenso; muy importante el que hace las entrevistas, como es el género que tú más practicas; muy importante el articulista, pero la columna, por sus características de género periodístico sui géneris, si vale el pleonismo, yo creo que es el que facilita el medio más individual de expresión, porque la columna es exactamente lo que el columnista quiera que sea, para eso se creó.

C. O sea, ¿tú crees en el periodismo objetivo?, el columnista ¿hasta qué punto lo es?

M. Yo creo que sí; pero que es absolutamente la norma mayor.

C. Pero ¿hasta qué punto se puede creer en la objetividad de alguien? Eso a mí se me hace tan elástico, porque lo que es para ti objetivo, para mí también lo puede ser, pero desde otro punto de vista, que es el mío...

M. Bueno, aquí nos meteríamos en una disquisición de qué cosa es la objetividad; creo que la objetividad no es otra cosa más que el apego a la verdad, tal como la pueden apreciar los sentidos del periodista, su vista, su olfato, etc.

C. Pero ya desde ese momento es objetivo para él.

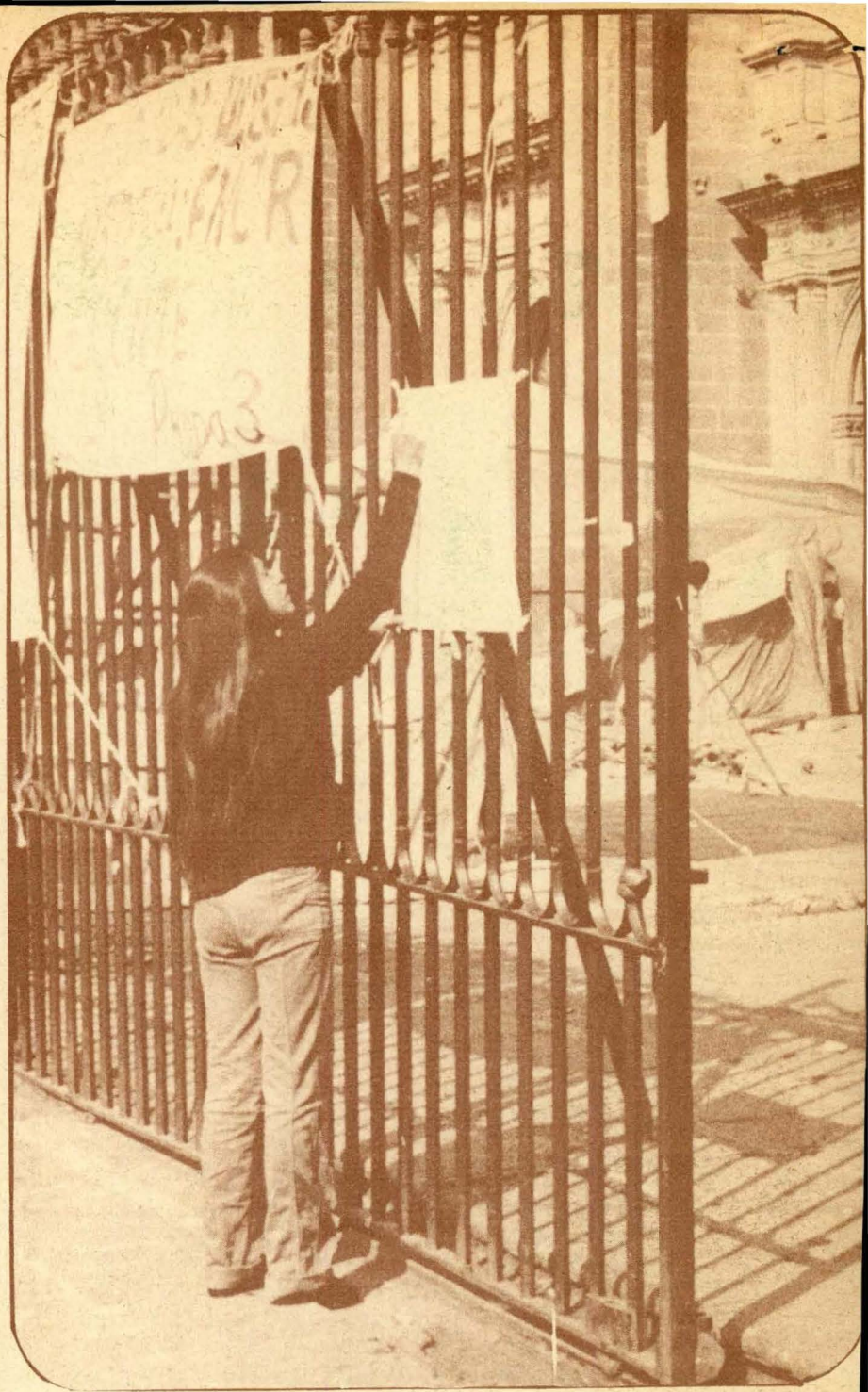
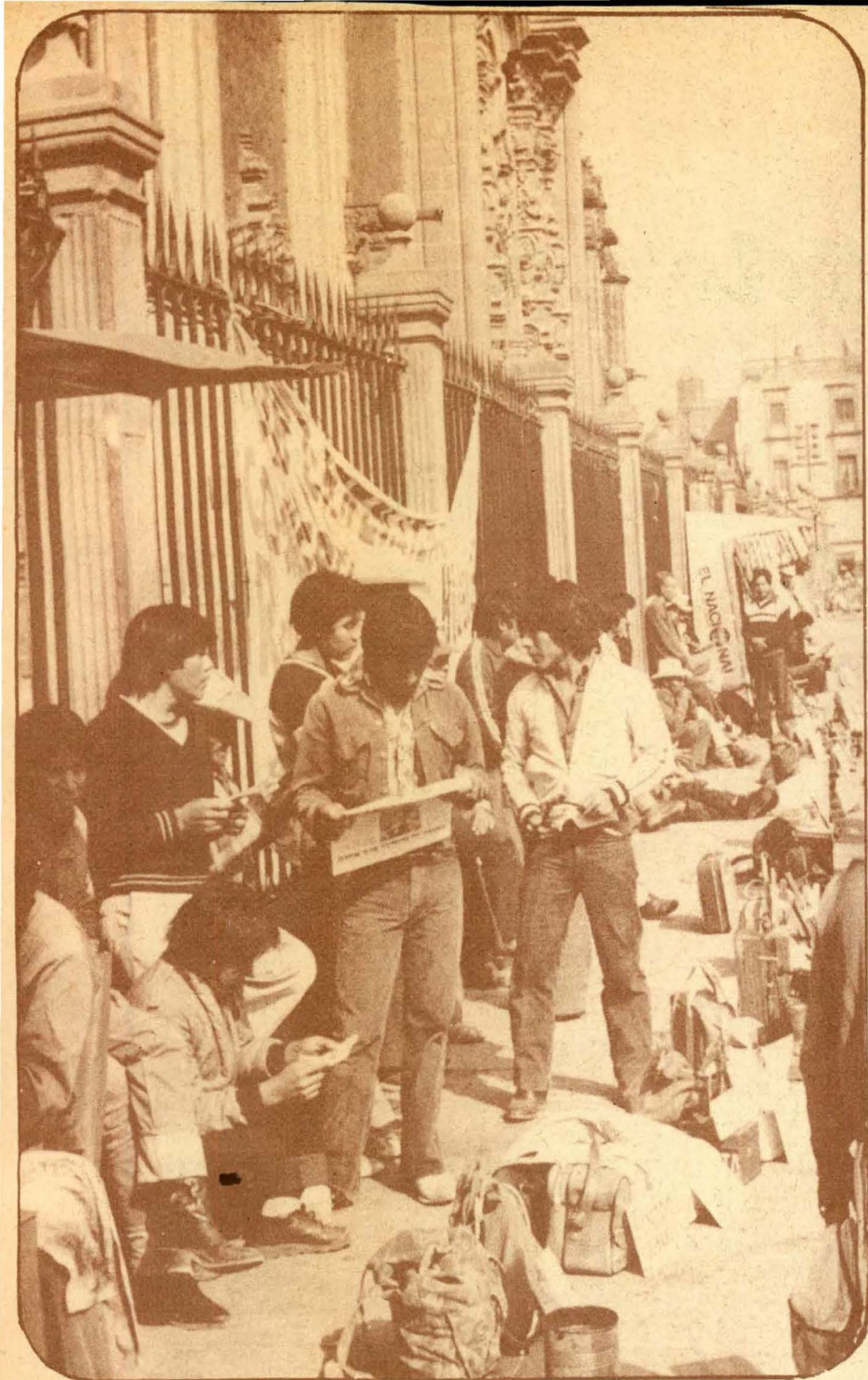
M. Ya. Sí, claro, por supuesto.

C. Es objetivo para ti pero no para mí, porque tú ves con otros ojos, juzgas con otro criterio que el mío, etc.

M. Claro, pero se supone que el periodista es un observador adiestrado para tener los ojos y los oídos de muchas gentes, el criterio y el sentido común de muchas gentes, de suerte que lo que él observa, lo que él traslada a sus cuartillas concuerda con el criterio de muchas gentes. De ahí que se diga que el periodista nunca debe perder de vista esta norma, escribir para los lectores de su periódico, de ese periódico en el que él escribe, que tiene un público perfectamente específico, no escribir pensando en otro público extraño a ese periódico. Esa es la objetividad, no otra cosa, si tú quieres llamarla verdad a medias según cada quien lo juzgue, pero, repito, el periodista es un observador adiestrado, es un observador profesional, no es un improvisado de la observación.

C. Sí, que no se deje llevar, que no se deje engañar.

M. El periodista primero debe demostrar tener aptitudes, no nada más una vocación remota, y esas aptitudes han sido desarrolladas por dos sistemas o a través de dos métodos; por el autodidactismo, que es el de la mayor parte de los periodistas, o por el de los conoci - (Sigue en la página 70)



POR CRISTINA PACHECO

DEMOLICIONES

Pasaron ya dos semanas desde que comenzó la nueva era. Lo de antes es historia remota. Todo empieza. Como la imagen fotográfica que se va precisando al contacto del papel con el ácido y la luz, así al paso de los días vuelve a definirse el verdadero perfil de la ciudad.

Sin los contingentes que el primero de diciembre aparecieron compactos y eufóricos bajo sus mantas y pancartas, Reforma, Juárez, 20 de Noviembre parecen las mismas avenidas de siempre. No hay canciones, ni porras, ni grupos musicales: únicamente los solitarios mascullan su desgracia. Las escenas cotidianas ya no trascienden, multiplicadas por el ojo poderoso de las cámaras de televisión. Nadie recoge las opiniones de las personas de la calle. Nuestra mirada no va más allá de un muro, un edificio, un anuncio; nuestra capacidad de reconstruir no basta para que sobre las ruinas se levanten los nuevos edificios, menos para rehacer de la noche a la mañana nuestra fe demolida.

2. EL AVISO OPORTUNO

La Alameda recobró su silencio. Hace mucho que allí no se oye canto de pájaros ni rumor de pregones. En vano los vendedores recorren los senderos. Al poco tiempo van a tenderse junto a los desempleados que dormitan a la intemperie o se cubren los ojos con su libro de oraciones: "el Aviso Oportuno".

Todos los que yacen allí repiten entre sueños: "Se solicita empleada menor de 25 años, soltera, de magnífica presentación pueda viajar cualquier momento. Requisito indispensable: dominio del inglés." "Se solicita repartidor con moto o bicicleta, haya tramitado licencia." "Urge caballero, 35 años máximo, tenga don de mando, excelente presentación y auténticos deseos de mejorar." "Usted, sí: usted es un hombre con suerte..."

El Hemiciclo a Juárez está otra vez desierto y no como aquella mañana en que un grupo de campesinos, todos vestidos de manta blanca, hizo acto de presencia porque "somos de la tierra y tenemos fe, y tenemos esperanza, por eso estamos aquí."

3. LAS MADRES

La gran plaza que el primero de diciembre se llenó de voces y presencias está desnuda, ha vuelto a ser de piedra. Sólo la Catedral es como un gigante a quien han empezado a desgarrársele las vestiduras: tan rotas están las mantas que hablan de huelga de hambre y exigen una explicación en torno a inexplicables desapariciones.

El viento que perforó la tela no ha podido acallar las voces de angustia e indignación ni borrar los nombres de las víctimas. Por desgracia, nadie parece tener tiempo para sumarse al coro. Sólo una niña se vuelve y mira las casas de campaña levantadas en el atrio, observa a las madres que comparten el espacio con las vendedoras de reliquias —puntuales, inocentes, mansas como las palomas que a ciertas horas bajan de cornisas y campanarios.

—Mira, mamá, esas señoras están haciendo su propia guerra en el atrio de la Iglesia.